

hordas, los cabecitas negras son aquellos que toman el espacio público siguiendo al líder y a la masa que se deja manipular y engañar, según la narrativa antiperonista. Con esta intrusión comienza nuevamente la hibridación, la mezcla de la barbarie y la civilización de la que hablaba Sarmiento. En efecto, en las lecturas que recuerda Incaminato advertimos el racismo y el clasismo que vuelve como un ritornello pero también reaparece esa carga erótica con la que se describen a estas masas que detestan. Quizás es esa plasticidad, la irreverencia y esa potencia que tiene la felicidad compartida que es leída desde el resentimiento como aprovechamiento, embriagándose en esa lectura, de las pasiones tristes que disminuyen la potencia de actuar (pp.109-110). En infinidad de oportunidades hemos perdido la batalla discursiva, pues los medios masivos de comunicación repiten hasta el cansancio fórmulas vacías de contenido, pero resonantes para aquellos que se ven inmersos en una constante frustración. La inmediatez va en contra de la reflexión, y en momentos de vacas flacas, el odio y el resentimiento prenden rápido. La narrativa siempre es importante pero hoy puede que no sea donde tengamos que poner el foco, más bien puede que tengamos que intentar proponer fines inmediatos coincidentes con los intereses del pueblo. En el epílogo, la autora muestra como lamentablemente en el momento de crisis global en que nos encontramos, y frente a la constante modificación del estatuto del trabajador, es imperioso priorizar las acciones más que la subjetivación política. "La salida es una acción y una reflexión sobre la comunidad. Como dijo Cristina «tendremos que acordar cómo vamos a convivir y en qué condiciones, antes de que sea demasiado tarde; porque así no va más»" (p. 242).

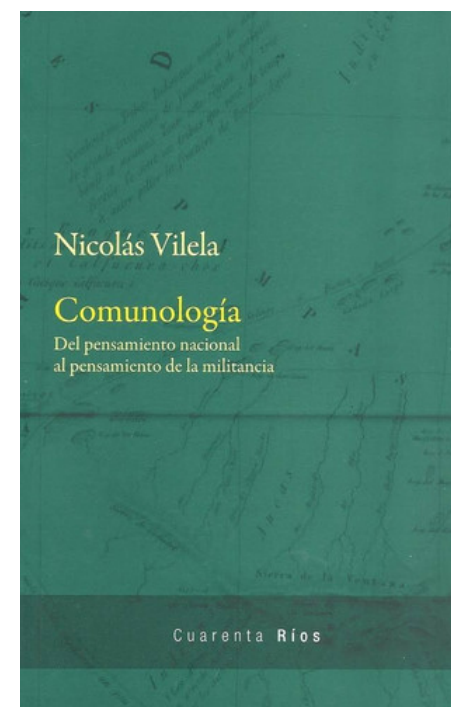
Natalí Incaminato nos propone, en este texto que articula rigurosidad temática y un humor político exquisito, retomar la batalla. No solo desde el partido y la identidad, sino desde "abajo", desde donde vienen las demandas: "Es un poco como decía Deleuze: ser de izquierda o de derecha no es una cuestión moral, sino una cuestión de movimiento, de ritmo. La derecha (y el antiperonismo) bloquea los movimientos e instituye clases inamovibles entre las clases y los géneros. Ante eso, el movimiento peronista puede ser un instrumento de sacudón y de desplazamiento de esos límites" (p. 241). Tenemos que volver a ser ese sacudón que nos despertó del letargo y del saqueo. La salida, sin dudas, está en volver a la política de los afectos, crear la comunidad organizada del siglo XXI porque como concluye La Inca:

*"La patria es el nosotros, queridos monstruos"* (p. 242).

## Virología tecnopolítica

SEBASTIÁN AMARILLA  
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)

GONZALO SANTAYA  
(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



**Reseña de Vilela, Nicolás, *Comunología. Del pensamiento nacional al pensamiento de la militancia*, Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2021, 268 pp.**

Recibida el 20 de mayo de 2022 –  
Aceptada el 4 de julio de 2022

Es un feliz encuentro aquel donde convergen la disciplina militante, la pertenencia orgánica a una agrupación con plasticidad organizativa y capacidad expansiva, la pasión por la intervención transformadora de la realidad, la experiencia en gestión institucional, la tarea cotidiana de formación política, el conocimiento del territorio, el interés por la teoría política y, sobre todo, el deseo de elaborar herramientas intelectuales que enriquezcan todas esas dimensiones de la praxis. Un encuentro de este tipo viene gestándose en la última década en la experiencia territorial de La Cámpora en el municipio bonaerense de Hurlingham. En *Comunología*, Nicolás Vilela –licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, actualmente secretario general de la Universidad Nacional de Hurlingham y concejal en dicho municipio– da un nuevo testimonio de la potencia productiva de ese encuentro. Se trata de un libro que se sitúa en la corriente teórica de la militancia inaugurada por Damián Selci (autor de *Teoría de la militancia* y *La organización permanente*, ambos publicados en Buenos Aires por la editorial Cuarenta Ríos, respectivamente en 2018 y 2020).

Mientras que Selci territorializaba su campo de debate en las fuentes de la teoría política postestructuralista de izquierda de las últimas décadas (principalmente el neodeleuzianismo autonomista, las filosofías de la otredad y de la diferencia, el heideggerismo posfundacional, el populismo de Laclau), Vilela comienza por una vuelta reflexiva sobre la "biblioteca militante", pensada en el espectro del "pensamiento nacional". Esta última es una categoría problemática (que el presente volumen de *Ideas* se encarga de explorar), siempre que abordamos la cuestión de la "tradición" o el canon de la filosofía argentina –de cuál es ese canon, de si acaso existe, de si es-

tamos autorizadxs a equiparlo con otras tradiciones nacionales que, en virtud de su posición dominante en esas y otras esferas de nuestra coyuntura global, desconocen el singular desconcierto con que nos hacemos estas preguntas, y que nutren nuestros imaginarios sobre qué o cómo debe ser una "tradición intelectual". De hecho, el libro comienza con la pregunta por el ser de ese pensar nacional, desde la experiencia de formación en la Facultad de Filosofía y Letras, donde las distintas cátedras "parecían usinas al servicio de la verificación de conceptos foráneos" (p. 15).

En ese campo problemático se inserta la tradición de pensamiento nacional-popular posibilitada por la experiencia peronista del siglo XX. Antes que una reflexión de un académico, *Comunología* es un escrito de un militante que, versado en la tarea de la formación teórico-política de otrxs integrantes de su organización, se preocupa por la revisión crítica de sus materiales de trabajo: las fuentes del pensamiento nacional-popular. Y esta preocupación excede una inquietud intelectual suscitada por cierta labor docente. Ella se plantea como una tarea políticamente urgente, desde el reconocimiento de que los "límites de nuestra biblioteca vienen señalando los límites de nuestra práctica" (p. 30).

Todo esto nos enfrenta con el problema que atraviesa el libro, también con su exploración y sus objetivos. El problema, por un lado, parte del diagnóstico de una sostenida tendencia defensiva (inmunológica) que tiñe a los autores principales de la intelectualidad peronista, y en particular de izquierda (los volúmenes de esa biblioteca "nacional-popular" que enmarcan la indagación del libro). La exploración, por su parte, recurre también a experiencias históricas e insumos culturales suscitados por la experiencia política del peronismo y el kirchne-

rismo, y a insumos teóricos tales como la obra de Sloterdijk o la teoría de la individuación simondoniana, para leer esa tradición bajo una nueva luz. El objetivo se proyecta, desde allí, en la necesidad de crear conceptos capaces de proponer y sostener una "ofensiva" en vistas a la emancipación popular. Estos son los momentos que delimitan la "comunología", el concepto central que da título al libro.

El vocabulario de Simondon, Sloterdijk y (en menor medida, aunque inevitablemente, dado el éxito editorial de *Immunitas*) Esposito se cuele en todo el desarrollo del libro, y lo tiñe de una impronta a la vez topológica, climatológica, energética, biológico-viológica y técnica. Podemos presentar a la comunología como una operación sobre el paradigma "inmunitario" que rigió el pensamiento político de nuestro campo nacional y popular del siglo XX y principios del XXI, así como su proyección imaginativa y la economía de fuerzas propias de su práctica. Esto no es un rasgo propio de ese campo, sino uno inherente a nuestra civilización: "*El paradigma inmunitario domina nuestra era*" (p. 25). La operación comunológica consta de una lectura crítica de las topologías propias de ese paradigma (donde la valorización de lo propio-interior contra lo ajeno-exterior fomenta una lógica del cierre sobre sí y la exteriorización de un enemigo que ese mismo movimiento de valorización instaure, constituyendo un modo de existencia que vive en pie de guerra, o a la defensiva). Pero esta crítica es tanto inmanente (pues no pretende situarse por fuera o por encima de la tradición nacional criticada) como constructiva: desde los conceptos de la *Teoría de la militancia* (básicamente, la definición de la militancia como "responsabilidad absoluta"), propone métodos y técnicas para una ocupación no inmunológica del espacio psico-socio-polí-

tico, generando "condiciones atmosféricas" propicias para el contagio de las tendencias comunológicas. La comunología se presenta así como una nueva topología del pensamiento político, donde la capacidad de habitar el *entre*, lo *éxtimo*, la frontera, se vuelven el *quid* del modo del pensar-hacer de su agente generador: la militancia.

El libro se compone de una introducción, tres capítulos principales, y una posdata. El primer capítulo, "En el mundo interior del pensamiento nacional", plantea el problema central para el campo nacional y popular: el pensamiento defensivo. De acuerdo con Vilela, las energías intelectuales y gubernamentales están puestas en "reparar, proteger, resistir, reconstruir, amparar –pero no conquistar, inventar, avanzar, sumar." (p. 33), esfuerzo que trae aparejado, como contrapartida, una política inmunitaria, es decir, una política que, desde la construcción de un "nosotros" busca evitar la penetración de agentes externos para proteger el espacio interior, la identidad propia. En torno a esta idea gravita todo el planteo del capítulo, que trazará la genealogía de la tendencia defensiva –del pensamiento nacional y del peronismo– en el período que va de 1945 a 1975.

Con el acontecimiento peronista comienza a emerger la esfera de lo propio como tercera posición, en tanto doble inmunización frente al liberalismo norteamericano, por un lado, y al estatalismo colectivista soviético, por otro, delimitando a la nación como "espacio de lo propio" (p. 37). En este sentido, Vilela plantea que esta etapa se estructura en torno a la oposición entre nación e imperialismo -patria o colonia-, y en función de esta oposición el peronismo concibe a la nación soberana como organizada a partir del ejercicio de un "repliegue defensivo". Hernández Arregui, principal referente teórico de este período, equipara soberanía a

"nacionalismo defensivo". Esta caracterización se profundiza recurriendo al concepto de sistema autopoietico del biólogo Humberto Maturana: un sistema con un metabolismo propio y, en consecuencia, con un espacio interior y uno exterior bien demarcados, capaz de autorregularse y preservar su equilibrio e identidad, y para el cual la organización es un fin en sí mismo. Un sistema de este tipo depende directamente de aquello *que no pertenece al sistema, se activa con el elemento extraño*: "sólo a partir de la diferenciación respecto del entorno, como en el caso de la «tercera posición», un sistema puede plegarse y cerrarse sobre sí mismo" (p. 47).

Avanzando un poco más en la línea genealógica, y llegando al período que más interesa al autor (los años 60-70 del siglo XX), el recorrido continúa retomando una serie de pensadores en los que se evidencia cierta "resonancia del «sistema marxista» en el «sistema peronista»" (p.54). En este sentido, Vilela señala que aquella contradicción fundante entre nación e imperio es el producto de la resonancia de la contradicción clasista entre burguesía y proletariado; es el modo en que el pensamiento nacional recoge o "peroniza" la contradicción marxista-clasista básica y es a partir de aquella contradicción vernácula que el punto de vista del pensamiento nacional "afirma la existencia de un *ser nacional*, cuyo despliegue es constantemente impedido por la dominación foránea" (p. 55). Por este motivo es que, en la Argentina de los 70, cierto peronismo considera que ser marxista es ser peronista.

Surge en este punto una nueva pregunta, una nueva contradicción. Si todos somos argentinos y argentinas, si todos somos esta nación, ¿qué impide que la nación entera pelee contra el imperialismo? Aquí la fuente clave es Puiggrós, quien señala el

modo en que la contradicción *exterior* entre imperialismo y nación se replica al *interior* del sistema nacional-peronista, como contradicción entre pueblo y oligarquía, asociando a esta última con aquel sector social interno compatible con los intereses externos. Acudimos aquí a una primera interiorización del antagonismo, a la manera de Laclau, pero también a la manera de Selci (y, por qué no, también, a la manera de Hegel). No obstante, lo que estos planteos dejan traslucir, como adelantamos unas líneas más arriba, es el efecto aporético que provocan, institucionalizando un programa defensivo, un sistema inmunitario, y poniendo de relieve que “la contradicción básica del pensamiento nacional es que, para pensarse sí mismo, necesita pensar al otro” (p. 60), convirtiéndose en cuerpo defensivo que se piensa desde la posición de la víctima, que discute la mirada foránea en vez de la propia, lo que le impide explotar sus potenciales: “ocupado en negar lo ajeno, el pensamiento nacional dejó de afirmar lo propio” (p. 63).

De Puigrós a Cooke, Vilela caracteriza un nuevo movimiento de interiorización de la contradicción, completando el arco inaugurado por Arregui. Emplazado plenamente en un contexto de proscripción y en sintonía con el clima marxista de la región, Cooke comienza a evidenciar que aquella oposición entre pueblo y oligarquía se halla al interior mismo del movimiento: son “aquellos sectores del campo popular que se corrompieron y que temen la revolución” (p. 64), caracterizados por un estilo burocrático que replica nuevamente al interior los intereses y valores oligárquicos e imperiales. Comienza así a hablarse de un peronismo de izquierda y de un peronismo de derecha. Allí donde Cooke pretende realizar una redefinición del sistema peronista como sistema de izquierda, dotándolo de

una doctrina militante clara para el proyecto nacional, mezclándolo con el influjo del materialismo dialéctico para expandir sus contornos, la derecha peronista lee infiltración de la clase media intelectualizada, contaminación, subversión y caos antisistémico: *entrismo*. Nuevamente nos encontramos con el rasgo inmunitario autodefensivo y surge la interna peronista, completando el ciclo de sucesivas inmunizaciones que culminan con la problemática autoinmunidad. En el límite, al hallar la contradicción al interior mismo del movimiento peronista, la pretendida unidad entre peronismo y pueblo estalla, significando el fin de la inocencia popular, que ahora se revela como contaminada desde el origen: “se pretendía que el sistema peronista fuera un término medio entre dos extremos (una tercera posición) pero se concluyó en la *pendulación entre esos mismos extremos* (p.78). Lo aporético es que, a fin de cuentas, es necesario incluir lo que, en un principio, se quería expulsar.

Es destacable la aparición de Osvaldo Lamborghini, cuyo singular relato “El Fiord” permite pensar *otro peronismo*, uno basado en la interpenetración de las facciones que poblaban la interna peronista de fines de los 60, y que aparecen retratados críticamente en la sórdida “fiestonga” narrada. Contra la pretensión de pureza y al rechazo a la *penetración* de elementos “extraños”, Lamborghini presenta “una parodia comunológica de la pacata y viril inmunología del pensamiento nacional” (p. 84). Esta línea se profundizará en la teoría política que signó los debates del posmarxismo o del posfundacionismo. La idea de que la comunidad política como un todo no se da de un modo espontáneo y necesario por sí mismo, pero *tampoco sus partes* (los individuos aislados o los grupos y corporaciones particulares que ella cobija, siempre antagónicamente)

es la condición de posibilidad de la militancia como reconocimiento de la falta (de conexión necesaria) y responsabilización por el lazo social. Como anunciaba *La comunidad organizada* de Selci, se milita cuando se asume la paradójica posición de quien acepta que es el lazo con *lxs otrxs* el que nos constituye en nuestro ser, y a la vez, que somos responsables (siempre por y con *lxs otrxs*) de la construcción y cuidado de ese lazo.

El capítulo termina con un apartado en donde se realiza un balance de lo expuesto previamente, concluyendo que resulta imposible plantear lo propio como esencia independiente de su contaminación con lo ajeno. “Ni la nación ni el pueblo ni el peronismo son Uno. Nuestro ser auténtico no es una identidad constituida preexistente a la llegada del otro [...] La inmunidad que pretende proteger la unidad de lo Uno es capaz de llevar todo a la autodestrucción” (p. 89). El recorrido del pensamiento nacional en el ciclo que va del año 45 al 75 muestra como la idea de comunidad organizada devino inmunidad organizada, en tanto protección del contagio de lo ajeno, en sus diferentes formas. De acuerdo con Vilela, será necesario recuperar el pensamiento nacional, pero cuestionando justamente aquello que le resultaba su tesoro más caro: lo propio. A grandes rasgos, la corriente que se ha abocado a la crítica de las metafísicas identitarias, a la elaboración de un pensamiento de la contaminación, es el posfundacionalismo. Sin embargo, señala el autor “las teorías posfundacionales no guarda[n] correlación con nuestra experiencia práctica” (p. 100). Es allí donde deberán intervenir la propuesta comunológica y el pensamiento de la militancia.

Este pensamiento militante comienza a ser explorado en el segundo capítulo, “El significado histórico del kirchnerismo”,

que analiza la impronta germinal de ese momento como pensamiento comunológico. Se parte de la constatación de que la experiencia de la militancia kirchnerista sentó las bases para la teoría de la militancia. Si el pensamiento nacional, posibilitado por el peronismo, se caracterizó por sus tendencias inmunológicas –cierre sobre sí, exteriorización de un enemigo y auto-percepción en términos de víctima pura e inocente–, *el pensamiento de la militancia, posibilitado por el kirchnerismo*, se caracterizará, comunológicamente, por una lógica de la articulación entre esferas y espacios heterogéneos, o aun contrapuestos. El kirchnerismo aparece bajo esta luz como el primer articulador exitoso de lo macropolítico y lo micropolítico, situándose más allá de esos polos, descubriendo la posición del *entre*, o, utilizando el concepto de Isabelle Stengers, “*mesopolítica*” (p. 105). Con el kirchnerismo, de acuerdo con la lectura de Vilela, comienza a trastocarse la topología política nacional.

El capítulo recorre una serie de antinomias que funcionan como “estaciones genealógicas” del kirchnerismo (y que permiten destacar la vocación y plasticidad del kirchnerismo para situarse en el *entre* abierto por ellas). Estas antinomias son: pejetismo vs. autonomismo (donde el kirchnerismo aparece como “tercera posición”, con una organización vertical basada en la *confianza* recíproca, aboliendo la lógica “lealtad-traición”), izquierda peronista vs. izquierda cultural (donde la militancia media como modo de vida simultáneamente disciplinador y liberador), derechos y responsabilidades (en las dos fases históricas del kirchnerismo, primero como garante de derechos postergados, luego como llamado al empoderamiento social para sostener esos derechos), cultura del trabajo y contracultura militante (como nueva dicotomía,

que surge como reacción al modo de vida militante desde los prejuicios de la identificación plena con el trabajo como organizador de la vida y garante de dignidad).

A partir de la sección "La patria es el otro: subversión del pensamiento nacional", se plantean una serie de problemas interesantes en torno a la cuestión de la "construcción del enemigo", y del lugar del Estado en el marco de la teoría de la militancia. De la mano de la máxima kirchnerista "la patria es el otro", interpretada a través de la topología lacaniana de la *inmixión* como primacía del lazo con la otredad sobre la mismidad, o como primacía de la frontera por sobre la división interior/exterior, se asume que la identidad nacional está siempre ya en inmixión. De este modo, toda identificación de un otro como obstáculo exterior a la realización de lo propio aparece como "el síntoma de la imposibilidad de la sociedad concebida como un todo" (p. 143) armónico y cerrado sobre sí. De este modo, toda diferenciación inmunológica "amigo-enemigo" que dote de realidad sustancial o metafísica a esas instancias, parte de bases que implican la imposibilidad de su resolución. Esto no implica que, desde el punto de vista situado de una militancia nacional-popular, no existan "enemigos". Dice Vilela: "por supuesto que hay, pero no como dato político-filosófico de base sino según un diagnóstico de coyuntura" (p. 145); en este análisis coyuntural, serán enemigos los obstáculos a la comunología: "aquellos que se ocupan de evitar y bombardear los objetivos comunitarios" (p. 147).

La cuestión de hasta qué punto este reconocimiento "coyuntural" del enemigo no restituye una tendencia inmunológica (caracterizada aquí como no esencial, y sin embargo *necesaria* en determinados momentos para el sostén comunitario) nos parece un punto problemático de la pro-

puesta, acaso insuficientemente atendida. Si aquellos que resisten "los objetivos comunitarios" son quienes propagan la lógica inmunitaria a través del todo de lo social (hasta ahora, mediante dispositivos, métodos y técnicas probadamente más sutiles y eficientes que los "comunólogos"), pero, a la vez, cierta inmunización es necesaria desde la organización militante para resistir sus embates, ¿no acabamos presenciando una lucha entre dos sistemas inmunitarios heterogéneos? Tal vez, al sustraer todo tipo de realidad metafísica tanto al agente invasor como al sistema defensivo, la teoría de la militancia se veda una salida a este problema. Y tal vez bastaría, al menos para desplazar el problema, enfatizar la cuestión de la *preeminencia metafísica* de la actividad propagativa por sobre la defensiva. Si la diferencia fundamental está entre quien propaga una actividad defensiva y quien propaga una actividad propagativa, como Vilela parece sugerir, entonces tendríamos una posible salida que pueda sostenerse a la vez con *mística* y *metafísica*.

En "Trans-ricoterismo" arribamos a la última estación genealógica del kirchnerismo, donde el autor nos muestra cual era el clima inmediatamente anterior a la movilización social que advino con el inicio del siglo XXI. Vilela halla en el movimiento de masas que significaron los recitales de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota un resabio de suelo fértil frente al proceso de desertificación política de las décadas inmediatamente posteriores. La población, inocentificada, se había inmunizado contra la participación en la esfera pública. Con el Indio Solari como líder espiritual, el movimiento social ricotero "se consagran las bodas entre el bajo pueblo y la alta cultura [...] El experimento de masas del trans-ricoterismo puede verse como la emergencia de una sensibilidad comunitaria que luego

encontraría expresión política" (p. 155-6). Es esta misma energía la que se potencia y se manifiesta en los patios militantes, que son "microrecitales después de la muerte del rock" (p. 158), experiencia que duró dos años pero de mucha intensidad política y mística.

Las últimas dos secciones del segundo capítulo están destinadas a indagar en la relación del rol de la militancia con el Estado, punto conflictivo en la teoría de la militancia, en la medida en que no lo toma como un fin en sí, ni un elemento necesario para su despliegue, y sin embargo reconoce su dependencia histórica respecto a él como un factor indispensable para la consolidación de su proyecto. Sin duda, no puede pensarse la militancia kirchnerista sin los dos momentos de reparación de derechos, primero, y de llamado al empoderamiento social, después. Vilela reconoce la vocación de ocupación del Estado propia del kirchnerismo como una voluntad militante que lo toma como medio para la expansión de la organización popular. La pérdida del control del Estado, a causa de la llegada del macrismo en 2015, forzó a la organización a sostenerse y operar por fuera de ese aparato. De esta experiencia de reorganización territorial (a la cual se atribuye la resistencia y victoria del Frente de Todos en 2019), Vilela concluye la independencia de la organización militante respecto al Estado. Más allá del mercado (el ámbito de lo privado) y del Estado (lo público), la militancia se atribuye la potestad de sostener (siguiendo una distinción delineada por Álvaro García Linera) la dimensión de "lo común" (p. 174).

El capítulo final, "En el terreno común de la militancia", despliega los planteos más originales del libro, la propuesta prospectiva y positiva para la reversión de las tendencias defensivas del pensamiento nacional y la propagación y fortalecimiento de lo común.

El pase a la ofensiva implicado por el programa general del pensamiento de la militancia se plantea, desde la comunología, a través del emplazamiento en la posición del "virus que circula" entre las fronteras e intersticios del espacio social, intentado trastocar las topologías auto-clausurantes y los mecanismos inmunitarios de las esferas propias de los distintos sistemas de ese espacio (individuos particulares, corporaciones, instituciones, grupos, etc., que ellos integran). El contagio comunológico pretende promover, en un mismo movimiento, la des-identificación personal de cada individuo con respecto a su rol pre-asignado en el todo social, y la expansión de las tendencias comunitaristas.

Este contagio se apoya en la actividad de auto-encuadramiento de los militantes al interior de la propia organización, lo cual no deja de suscitar un problema: en los hechos, existen diversas organizaciones, a menudo con causas y propuestas directamente opuestas. Este es acaso una de las mayores objeciones, en términos prácticos, que puede recibir la teoría de la militancia: su identificación explícita con una agrupación kirchnerista (dada la génesis histórica que ella pone para explicarse su existencia), que acaso la expone a la crítica de que sus conceptos son demasiado *empíricos*, reductibles a crónicas y reflexiones de militantes *particulares*, de *un* partido u organización, y no una teoría válida para todas las militancias. Esta objeción, sin embargo, se revierte con una profundización teórica: si la experiencia histórica kirchnerista bien puede ser el *acontecimiento* por el cual un nuevo concepto de la militancia ha llegado articularse, ese concepto mismo implica una des-identificación radical con todo partido, corporación, clase social o persona particular.

Bien entendido, el concepto comunológico de la militancia implicaría que es *contra-*

*dictorio hablar de una "militeria liberal"* –tanto porque se rechaza toda realidad metafísica del individuo-átomo como dato autosubsistente, como porque la vocación de individualizarse de ese modo es lo contrario a la lógica militante–, pero también (y esto puede resultar más delicado) sería contradictoria una militancia "propia" de *lxs trabajadorxs*, de *lxs trans*, de los pueblos originarios, etc., etc., etc. Desde el momento en que *unx* es militante, en el sentido pleno del "cuadro" selciano-vileliano, la pertenencia a un sector o grupo social determinado queda entre paréntesis, y sólo queda una actividad progresiva de interiorización radical de *la organización*, paralela a una de exteriorización de "un clima político no individualista en el que lo común se vuelva contagioso" (p. 178).

El cuadro político –meta final del sujeto que se incorpora a la militancia– se de-identifica de cualquier tipo de rol social o rasgo identitario prefijado. Al igual que el lugar del enemigo, estos roles sólo podrían ser un emplazamiento circunstancial. Y la tendencia militante, si bien puede (y deberá) tomar banderas propias de reclamos sectoriales diversos, sólo podría hacerlo de manera también circunstancial, coyuntural, o táctica, con miras a su fin y horizonte último, la auto-organización comunitaria. La desidentificación con el lugar, por un lado, y la necesidad de la construcción y cuidado de los lazos, por el otro, se vuelven una tensión inherente, un equilibrio inestable propio de la voluntad de habitar ese espacio paradójico. El cuadro, en este sentido, no podrá llegar a ser un individuo cerrado autosubsistente (cosa que, por lo demás, no ha sido nunca), sino que su posibilidad de individuarse pasa solo por su incorporación a (y de) la organización. Esta incorporación (que es simultáneamente *interiorización*) implica un modo de existencia en tensión,

distinta (superadora) a la tensión propia del individuo atomizado (inmunizado).

Siguiendo la síntesis sloterdijk-simondoniana, la tensión propia de la actividad militante se resuelve en una *transversalización* de la acción comunitaria propia de lo "trans-individual" –una "continua tensión estimuladora" que produce "una expansión de los efectos orgánicos"; (p. 188)–, mientras que la tensión del individuo aislado se convierte en angustia y estrés –incapacidad de articular lo propio con "el afuera", que erige como amenaza o como causa de los males propios (cf. p. 201 y 246). En tanto proceso de individuación, el individuo sólo puede singularizarse al canalizar la carga de energía preindividual que porta, y esto implica el despersonalizarse en una organización que lo rebasa. La militancia resuelve la angustia inherente al individualismo a través de la constante exposición del individuo, tendiente a la generación de –e intervención sobre– "climas políticos".

La "carga preindividual" propia de lo comunitario, en el proceso de encuadramiento militante, se libera y canaliza a través de tres *técnicas*: semiotécnicas, atmotécnicas, geotécnicas. La descripción de estas técnicas, definidas a partir de las antropotécnicas sloterdijkianas y ejemplificadas a través de distintas actividades territoriales de la organización militante, ocupan buena parte del capítulo final. Prolongando las ideas de la inmisión de Lacan y la mesopolítica de Stengers –conceptualizaciones que anunciaban en pasajes previos la topología militante–, aquí se recurre directamente a la imagen de la cinta de Möbius, "superficie bidimensional de una sola cara por la que circula tanto la teoría como la práctica" (p. 187; de ahí el uso de la noción de *técnica*, que combina ambas cosas). "Incorporarse a la militancia es circular por esa cinta transportadora que no tiene ni

derecho ni revés, adentro ni afuera. Todos los temas son temas de la militancia, o pueden serlo. No hay un «otro lado» donde expulsar la responsabilidad" (p. 187), y, por lo tanto, "las acciones repercuten en el propio agente" (p. 188).

Las semiotécnicas militantes tienen por elemento central la conversación, el uso de la palabra hacia afuera de la organización, en la invitación o exhortación del no militante a sumarse a militar. Este primer momento, de "encuadramiento", usa la conversación como elemento de seducción, con miras al contagio *por imitación* (en el sentido de la sociología de Gabriel Tarde) de las tendencias comunológicas, y este momento se prolonga hacia el de la "conducción", en la conversación interior a (*e interiorizante de*) la organización en *lxs militantes*. En este ejercicio se desarrolla el *proceso de individuación* militante: "la interiorización revolucionaria de lo colectivo en la conducta (no) individual" (p. 214). Este proceso *acaba* con el "auténtico momento transindividual", el "final del encuadramiento", el militante que "se ha singularizado por completo en cuanto individuo libre y capaz de criterio propio sólo en la medida en que ha interiorizado a la organización colectiva y no se distingue de ella" (p. 214). Como el alma de los gobernantes del Estado platónico, que refleja la estructura de la comunidad, la actividad de *lxs cuadros militantes* se identifica espontáneamente con la línea de la organización, y repercute en sus técnicas.

Las atmotécnicas, por su parte, remiten a las atmósferas o climas de la conversación militante como "dominio técnico" del clima político, que puede "enfriarse" o "calentarse", tensarse o distenderse, según la situación. *Lxs cuadros y militantes* de la organización ejercitan la disciplina de su participación en ella mediante la voluntad

expansiva. El mantenimiento de determinadas condiciones climáticas al interior de la organización es la condición para incidir en el espacio social externo. La intensidad del ejercicio militante busca en todos los casos expandir sus tendencias organizativas: *politizar* el entorno no militante, y en el límite la sociedad en su conjunto. Por eso, incorporar militantes, replicar la organización siempre hacia afuera de sí misma, es transformar la realidad (cf. p. 219). A mayor resistencia externa a la politización, serán necesarios mayores esfuerzos en el mantenimiento del microclima de la organización y en sus técnicas de expansión. El objetivo, como siempre, es el crecimiento y perfeccionamiento del cuerpo colectivo.

Las geotécnicas, finalmente, remiten a la organización territorial del espacio de la conversación militante. El espacio social está desde ya segmentado, "cuadrado" de una cierta manera. Nuestro estado de cosas actual supone un mapeo de corte capitalista-neoliberal, diversamente cartografiado por la tradición posmarxista, autonomista y posestructuralista de las últimas décadas. Las geotécnicas militantes implican, de nuevo, una reorganización consciente y plástica del espacio de la organización. En este punto se hace patente la función "desidentificadora" del ejercicio militante. En *cada* intervención de la organización, el *lugar* asignado a *lxs* distintos miembros puede variar, dependiendo de diversos factores, en vistas a la mayor efectividad de la acción. Contra la relativa rigidez de los lugares corporativos, sectoriales o de prestigio, atribuidos a un sujeto en un determinado contexto social, la práctica militante impone una nueva redistribución del espacio, bajo la idea de que "hay comunidad política si y sólo si se desplazan las identidades del reparto social asignado. [...] *Ser militante es la paradójica identidad*

por la cual millones de seres humanos en todo el mundo se desidentifican del reparto de roles sociales" (pp. 226-227). Esto permite definir a la "burocracia", en tanto "sobreidentificación" con el rol social, como lo contrario de la militancia. Y es uno de los puntos de ruptura explícitos entre la teoría de la militancia y el pensamiento peronista tradicional, que insiste en la sectorialización de los trabajadores –introduciendo en el ideal de "la comunidad organizada" peronista el germen de "lo propio" y el individualismo egoísta (cf. pp. 228).

Esta observación delinea las secciones finales del libro, en tanto lo que sigue es una reflexión en torno al rol del intelectual con respecto al pueblo. Las tendencias inmunológicas han prevalecido en los dos modos contrapuestos del imaginario del intelectual revolucionario: o bien vanguardia iluminadora –el intelectual que pone la cabeza pero no el cuerpo, e indica desde afuera al pueblo el curso de acción que ha de seguir–, o bien como retaguardia oscurificada –que "sublima" al pueblo como portador de una verdad inmediata y pura, libre de toda sofisticación y mediación teórica, a la que el intelectual, que en este sentido no pertenece plenamente al pueblo, nunca accederá (cf. pp. 234-237). Todo esto se asienta en una división corporativa "pueblo-intelectual" que debe desaparecer en la organización militante –como todas las demás–. En ella, todos ponen tanto el cuerpo como la cabeza, y todos los saberes y técnicas son valiosos y puestos en pie de igualdad en vistas a su utilización táctica, en cada caso.

Dado que no existe un núcleo de verdad exterior o trascendente a la organización militante, pero que ella supone, sin embargo, un criterio de jerarquización y distribución de funciones (esto es, en definitiva, lo esencial de la *organización*), se vuelve

necesario una suerte de "verticalismo sin Dios" (p. 248). Entre las muchas nociones espontáneamente denostadas por el sentido común liberal y por buena parte de la teoría política de izquierda (como "responsabilidad" o "disciplina"), Vilela finaliza desarrollando un elogio a la verticalidad, junto con una crítica al horizontalismo. Este último mantiene un ideal de autonomía subjetiva, según el cual "nadie debe decidir por mí más que yo", abrazando la individualidad egoísta y la desconfianza en el otro; el verticalismo de la organización militante, en cambio, parte de la idea de que "yo es otro" y "milito por otro", y desde entonces la conducción no resulta una imposición exógena sino una tendencia liberadora. De ahí que (y así concluye este capítulo final), "necesitamos una nueva teoría de la dependencia", dependencia respecto a los otros con quienes nos componemos activa y responsablemente, en la medida en que solo nos liberamos "con y por los otros organizando el lazo común" (pp. 260-261). Una revaloración de la disciplina, la verticalidad y la dependencia, como vectores de politización –y, por eso mismo, de emancipación– que dan a la vida militante una dimensión mística y espiritual cada vez más ausente –y más necesaria cuanto más ausente– tanto en la academia como en la industria cultural.

## ¿Qué hacemos mientras tanto?

ANABELLA SCHOENLE  
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Dufourmantelle,  
Anne, *Elogio del riesgo*,  
traducción de Simone Hazan,  
Buenos Aires, Nocturna editora,  
2019, 271 pp.

Recibida el 28 de mayo de 2022 –  
Aceptada el 30 de junio de 2022

Estar frente al texto de Anne es estar frente a un texto bello, que es como estar frente a lo bello de las palabras. Esas palabras que aligeran un momento y dejan una estela de tranquilidad para habitar lo propio de la fragilidad en la que estamos. Bello no es perfecto como un Platón tradicional, sino como el Platón que ella cita en el epígrafe del comienzo. "El riesgo es bello", dice. Y sí. No sé cómo lo plantea Platón, pero Anne lo baila. Y lo baila como se baila una vida. Quiero decir, la belleza de estas palabras es la del riesgo que es vivir. ¿Habría tenido Anne la duda de nombrar a este texto "Elogio de la vida"? ¿Podremos decir que la vitalidad que encontramos en el texto hace de algún modo a su vida *aún*, digo, aún a pesar de su temprana muerte?

Me propuse reseñar *Elogio del riesgo* porque fue inmediato el *con el texto* que se construyó desde las primeras líneas que leí. El texto es una acción permanente de ejercicio de búsqueda y encuentro. Ese ejercicio opera internamente en el texto y también, externamente, con el lector. Esto último ocurre por la apelación a una especie de saber que encontramos presente en la circulación de saberes sociales, existenciales, culturales que *se saben*. Sobre ello, Anne discurre desarmando y rearmando espacios que permitan el movimiento de eso sabido. Por ejemplo, sabemos que estamos vivos –no estaríamos ni yo escribiendo, ni alguien leyendo, si no fuera así, sabemos que se está en la vida. También sabemos, más oblicuamente, que se está en riesgo. Pero se sabe *mal*, si tiene sentido decirlo pronto y torpemente, porque el riesgo se suele presentar como término en tensión con la vida. Riesgo se parece mucho a muerte. El riesgo es una parte muy importante de lo que creemos que se sabe, que está entre nosotros, y que intentamos evitar porque nos genera una sensación de temor. Esa evitación es múltiple, explícita-